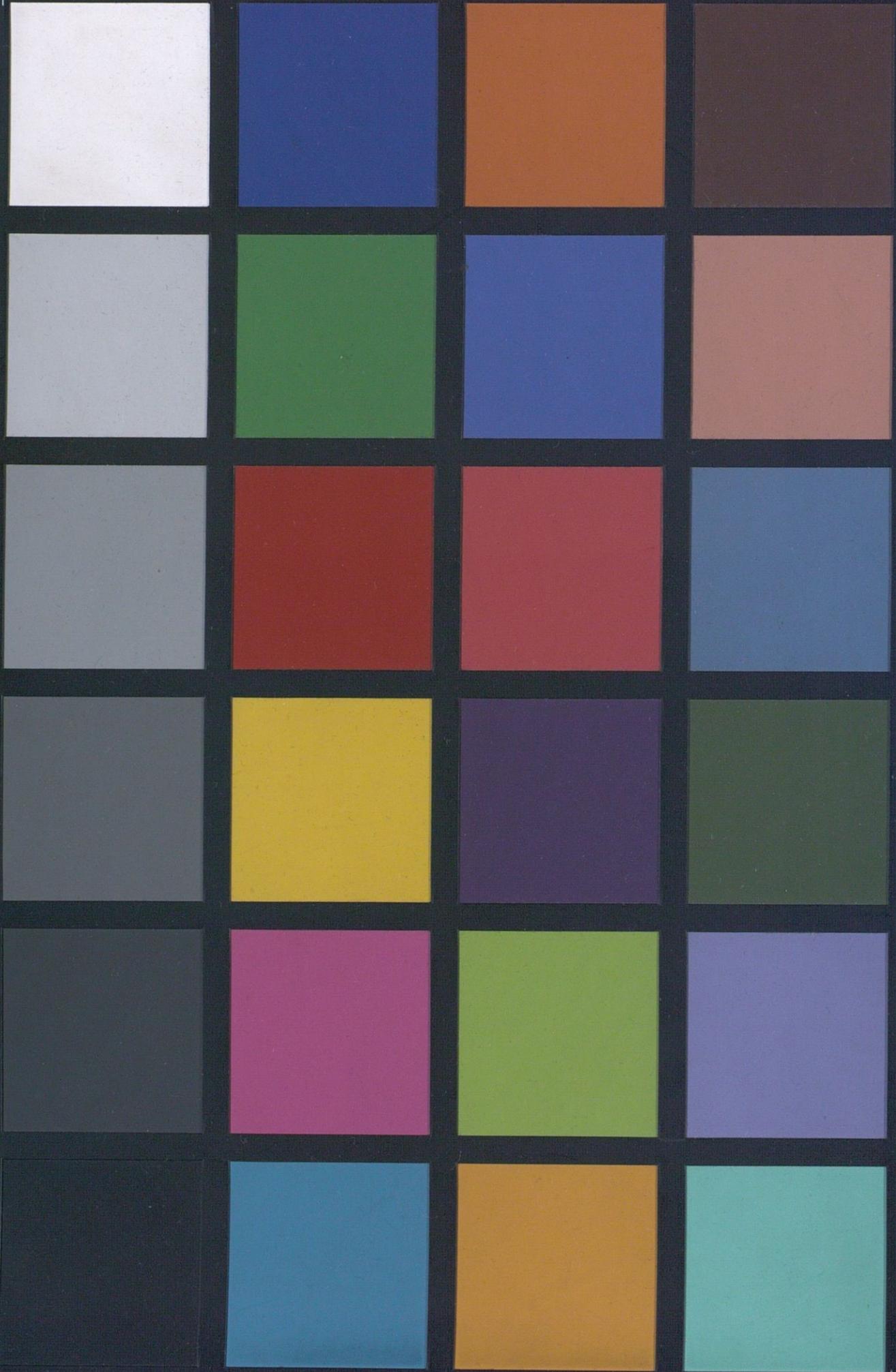


x-rite

colorchecker CLASSIC



100mm

A 179

R. 39. 227

57348

ORACION INAUGURAL

QUE, AL VERIFICARSE EL ACTO ACADÉMICO

de la solemne apertura

DEL CURSO DE 1858 A 1859.

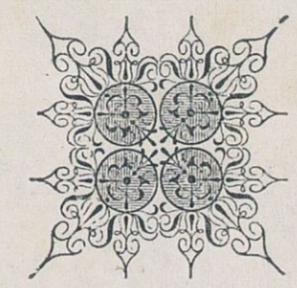
PRONUNCIÓ

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE ZARAGOZA

el Doctor Don Manuel Chacon,

Presbítero, Catedrático de Sagrada Teología.



ZARAGOZA:

Imprenta y Litografía de Agustín Peiro,

1858.

00099

CHA-

CON

D.U.

L.2.

1858

1859

AFA-99

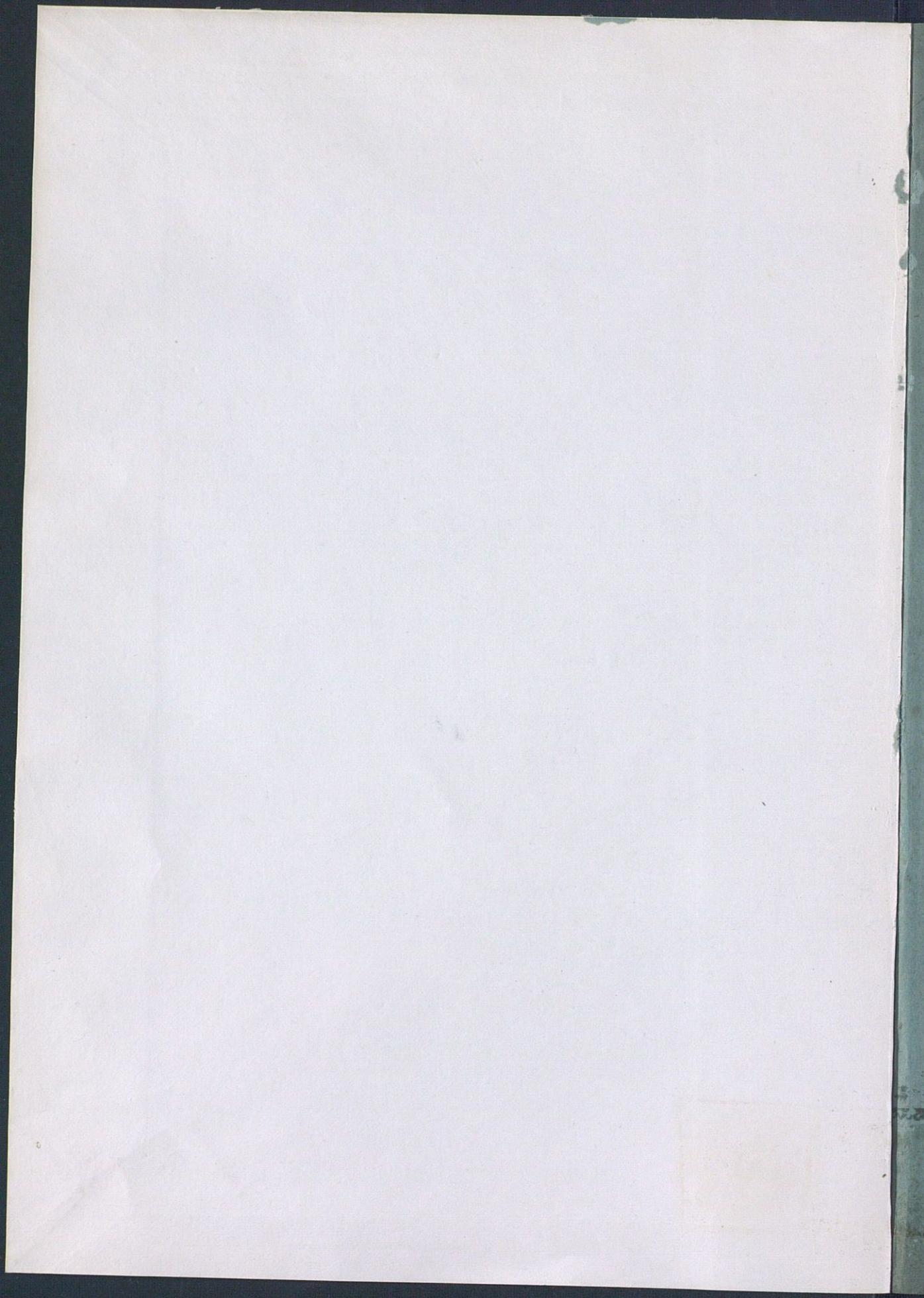
CUADERNACIOS
RAGA, S.A.
C.O.D. ZAHOZATL344342

A-179

AFA 00099

T 84328

C. No. 498



L. Arroyo

DISCURSO
pronunciado

en la
UNIVERSIDAD LITERARIA
DE ZARAGOZA.



al hacerse la solemne inauguracion
del año academico
de
1858
á

1859.

A-149



A 179

R. 39. 227

57348

ORACION INAUGURAL

QUE, AL VERIFICARSE EL ACTO ACADÉMICO

de la solemne apertura

DEL CURSO DE 1858 A 1859.

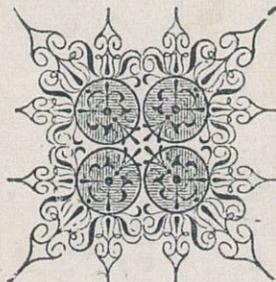
PRONUNCIÓ

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE ZARAGOZA

el Doctor Don Manuel Chacon,

Presbítero, Catedrático de Sagrada Teología.



ZARAGOZA:

Imprenta y Litografía de Agustín Peiro.

1858.

»Omnis sapientia á Domino Deo est, et cum illo fuit semper, et est ante ævum.» =Eclesiast. cap. 1. v. 1.=

»El principio religioso es el único apto para fecundar la inteligencia, ensanchar la imaginación, inspirar la voluntad fuerte, y la audacia de las grandes empresas.»

ABATE ORSINI, *Historia de la Madre de Dios*, c. 21.





Almo. Señor.



TIENE el mundo real un punto de partida tan sublime, que el hombre alguna vez, fascinado por su primer brillo, pudo llegar á confundirlo con la Sublimidad misma. El mundo *generacion*, el mundo *evolucion* de la sustancia divina, que se difunde, que se enumera sin limitarse, sin multiplicar el guarismo; es el mundo de las paradojas: el mundo, que no contando con la realidad de los fenómenos, tiene solo existencia en el *concepto* humano, y un trono erigido al despotismo del *yo absoluto*; es el mundo de los fantasmas: el mundo en fin, que allá, en la diversidad de líneas que se describen en su esfera, no representa sino lo infinito, modificándose con los seres que corren sus espacios; es el

mundo de las locuras: hé aquí por qué el mundo del error, por mas que se trasforme, nunca puede ser el gran libro de la inteligencia: hé aquí por qué el sol de la sabiduría solo puede lucir en el mundo de la verdad.

La magestad del acto que se está verificando, la reconocida ilustracion de los varones meritísimos que concurren á su solemnidad, y sobre todo, esa razon de estado que yo soy el primero en acatar, exigen, á no dudarlo, una de aquellas manifestaciones de sencillo género si, sin pretension; pero que siendo propias del mundo real en que vive nuestro adelantado siglo, deben llevar por divisa la marca de la verdad. ¿Y en qué otra ocasion mejor podrá usarse de su interesante lenguaje que en ésta particularísima en que, reunidos en este augusto recinto, y los sugetos mas notables en los diversos ramos del humano saber, y la juventud estudiosa tan digna de nuestras simpatías, y tantas y tantas otras personas de distincion, vá á ser inaugurado un curso académico conforme á las prescripciones de la ley?

En efecto; el mas insuficiente de los Profesores que componen el II.^{to} Claustro de la Universidad literaria de Zaragoza, al recibir con el respeto debido el encargo, para él gravísimo y colosal, de pronunciar el discurso de costumbre en la apertura del año académico de 1858 á 1859, lo primero en que pensó fué en buscar y proponer esa misma verdad de un modo tan independiente y cortés, que guardase la posible relacion con este lugar, y con la importancia del hombre de letras: y ved aquí como principió á discurrir.

Siendo la *verdad* el objeto formal del entendimiento, y existiendo necesariamente en él la irresistible propension de llegar al sitio en donde se alberga, la recta razon intuiti-

vamente rechazada, lo que puede en sus caminos interponerse como obstáculo, lo que estorba en sus deseos la consecucion del fin. Asi es, que todo lo que induce desorden en los juicios, inmutando, distrayendo, ó contrariando su objeto, lo reprueba altamente: condena todas las causas que influyen en el trastorno de la imaginacion, desbordándola ó debilitándola: y desaprueba los efectos perniciosos, que emanando de los hábitos malos y de las impresiones seductoras de la parte inferior del hombre, empujan su parte elevada hasta el extremo lamentable de precipitarla en la falsedad y en el error.

Quiere, pues, la razon vías libres, y perfectamente despejadas. ¿Y cuáles son éstas? ¿Acaso las que se encuentran descritas entre el fango de las malas pasiones? ¿Podrán serlo aquellas, que estando trazadas en el universo del organismo, el *yo* sicológico se descompone con los seres de la fisiologia? ¿Lo seran sino esas otras, que dibujadas en el gran teatro de la fantasía del hombre, llevan como por la mano al puesto fugaz en donde, ó nada permanece de real, ó lo real es la pura idea, ó ésta se concibe apenas en la confusion de la materia y del espíritu, del Criador y la criatura, de lo humano y lo divino, fuentes perenes del ateísmo y de la incredulidad?

Hoy que amenaza este último peligro á las conquistas hechas por la razon; hoy que el incrédulo, declarándose falsamente su partidario, le levanta altares, y le rinde culto supersticioso, derribando los altares y los cultos que la misma razon habia contribuido á formar con sus luces al Autor de su ser; hoy, pues, es llegado el momento en que, todos los hombres pensadores de los diversos paises del globo, alarmados justamente con el estrago producido en

el campo de la ciencia y de la moral, se ven obligados á alzar el grito hasta el cielo, y traer á la memoria del amante de las letras y de las costumbres esta fiel ethopeya.

En todas las edades, en todos los paises, la cuna y el destino del sabio se encuentran en manos de la Religion. Entre las generaciones del viejo paganismo, bajo las formas y principios adulterados del culto verdadero; mas entre aquellas que tuvieron la fortuna de ser incorporadas con la Cruz, bajo las ciertas y magistrales enseñanzas de la Iglesia Católica. Sí; la Iglesia Católica ausilia á la razon con sus máximas, reforma completamente los principios científicos de toda la antigüedad, dulcifica las costumbres de los estados de *magnífica barbarie*, asi como impulsa y vigoriza el progreso intelectual, de que llega á disfrutarse en las últimas edades. *El Cristianismo es el padre de la civilizacion, sin el cual nunca pudo obtenerse la verdadera*, dice hoy una voz general que se esparce, desde el fondo de las naciones mas sumidas en la heregía y en el cisma, hasta las cumbres mas eminentes del Vaticano. La Asiria, la Persia, la Media, la Macedonia, la India, ¿qué no nos pueden asegurar, si se sube á consultar sus escuelas? ¿Cuánto no hubo que hacer en la Roma guerrera, en aquella soberbia Albion, que intentára encerrar el Orbe en la estrecha positura de la roca Tarpeya? ¿Y cuánto en todo el Oriente y Occidente, cuando el ruido de las pisadas de los Bárbaros del Norte cruzaba las márgenes del Rin y del Danubio, midiendo sus huestes con vista de lince los atrincheramientos Romanos?.... Al finar aquel improvisado festin llega á Europa del sol de medio dia una voz ronca, que pone el espanto y la muerte en el mundo Godo; y ocho siglos de fatigas y sacrificios se apresuran

á dar fé de la pujanza del Catolicismo en confundir el error, el fanatismo é ignorancia del Alcorán. Veseé á esta Religion del Cielo levantar su cabeza serena en medio de los huracanes de aquellos siglos: veesé, despues, sostener incontrastable su cátedra de verdad frente á frente de los almenados baluartes del error y la menrira, y asi continuar hasta nuestros tiempos, y asi seguir hasta su consumacion, ostentando de relieve unas entrañas maternales para todos, y unas luces inestinguibles para aquellos, que tienen la desgracia de estar sumergidos en los abismos de la ignorancia.

Ahora bien; pretendiendo la incredulidad, á pesar de todos los testimonios y todos los datos, y no contenta con haberse hecho un lado por entre las costumbres sociales, empuñar el cetro de presidente en la república de las letras; en esta situacion, en que conmovidos los cimientos de la razon humana, parece van á arrancarse del suelo feráz, laboreado por la autoridad soberana de Dios; en que al iniciarse un antagonismo funesto, la misma irreligion opta por retrasar el lustre y cultura de los pueblos, borrando de sus libros el nombre del Eterno, increpando sin descanso al Catolicismo, introduciendo la anarquía en la inteligencia del hombre, y fingiendo propagar y robustecer el reino de la luz, cuando mas combate las doctrinas y prácticas del orden sobrenatural: yo, honorables señores, intérprete de la conciencia pública, teniendo por Reglamento la libertad de elegir para mi discurso un asunto digno de vosotros, y conforme con los deseos del Gobierno de S. M. al encargarnos la direccion de esa juventud noble que frecuenta nuestras aulas; he creido oportuno, hacer á grandes rasgos la demostracion histórica de



la moral necesidad del elemento religioso, y su influencia en los progresos del entendimiento.

Seré conciso, ilustres señores; y espero de vuestra bondad dispensareis indulgente atencion.

¿Qué nos dice la historia de las ciencias, tomada desde los primitivos tiempos en que fué criado el hombre, hasta aquellos en que apareció el legislador de los Hebreos Moisés mil quinientos setenta y dos años antes de Jesu-Cristo? Magníficas y elocuentes palabras podría prestar á mi discurso la consideracion de este primer periodo del mundo intelectual, si mi presente posicion exigiere hacer cálculos eruditos en defensa de una hipotesis, ó alardes de magisterio para la enseñanza de un público menos ilustrado. ¿Qué ciencias, podría decir, se cultivaban entre los hombres antes de presentarse en medio de ellos este delegado de Dios? No pretendemos entrar en el fondo de la cuestion; mas esto no obsta para que podamos añadir. ¿Qué deducciones se desprenden de la doctrina incontestable de Hucio, que con San Clemente Alejandrino, S. Cirilo, y otros Padres, atestigua, que el gran Moisés es el primero de los Historiadores? ¿Qué consecuencias se pueden sacar de la demostracion que hace Diodoro, sosteniendo que este libertador de los esclavos de Egipto fué el primero que enseñó á los pueblos la teoría política de regirse por leyes escritas y constantes? Argumentos robustísimos, pruebas inconcusas que tienen á su vista los célebres sábios Artebano y Epolemo, manifiestan con claridad, que Moisés es el inventor de las letras, el mismo Mercurio que las dió á conocer entre los súbditos de Faraon, por cuya causa se le llamó despues *instruido maestro en toda la sabiduría de los Egipcios.*

Ved á lo que han venido á reducirse las máximas de Frereto. Cadmo es ya segun todas las reglas de critica, sostenidas por la opinion comun, el mismo de quien S. Clemente de Alejandria dice, llegó á Thebas en tiempo de Linceo siete generaciones despues de Moisés, llevando á la inculta Grecia el esplendor de las letras Fenicias. Moisés antecede, pues, y á todos los sábios, y á todos los poetas. Tulio, Varron, y Plutarco, desprecian como fabulosas las crónicas Caldeas y Egipcias: Goguet, y Gerdilio con los modernos criticos, las tan celebradas de la India y de la China. A Heródoto se le ve florecer por los años de la Olimpiada 72; á Tucídides y Xenofonte en la 94; á Anaximandro, con todos los demas que suelen citarse aquí, en edades mucho mas recientes. Nada diremos de Beroso, cuya existencia aparece casi coincidiendo con la muerte de Alejandro de Macedonia; ni de Manetes, que siendo tambien de los que hacen remontarse mas el origen de las ciencias, sin embargo la fecha de sus escritos no puede comprenderse mas allá del reinado de Tolomeo Philadelfo. Entre los poetas ¿qué viene á representar Homero, viviendo trece años antes de la primera Olimpiada, el mismo Orfeo, dándose la mano con los tiempos de Lino, éste con los Hércules, y Hércules, en fin, mirando de cerca los grandes aprestos de la guerra de Troya?

Aquí pudiéramos esclamar. ¡Reparad hombres descreidos en esas solemnes declaraciones que nos hace la historia sobre el establecimiento social de las ciencias, y enmudeced para siempre! ¿Qué se ha hecho de vuestras penosas investigaciones para encontrar las fuentes de la sabiduría fuera de los inmensos dominios que pertenecen á la Divinidad? Habeis deshojado el libro de la naturaleza,

el gran libro de la fé humana y divina para poder dar algun éxito á vuestras disolventes teorías; y hé aquí como os responde la verdad, que se halla grabada en la mente de los pueblos ilustrados: «Por parte alguna se encuentran vestigios claros de las ciencias humanas, que puedan formar época anterior á la muy inmortal del legislador de los Hebreos: no hay datos seguros, ni documentos, ni testigos; y si algunos se conocen por la razon y por la historia, es para comprobar, que el lustre de la humana inteligencia solo se vió comenzar por la Religion y por la fé. Así solamente pudo venir el hombre á conocer su principio, el origen de su grandeza, la causa y efectos inmensurables de este armónico y embelesante *todo.*»

Las ciencias toman asiento en la sociedad, ilustres señores; y despues de los tiempos de Moisés, no hay para que decir, lo que sucedió en el pueblo que habia sacado de la cautividad; pues la Escritura y Tradicion lo afirman, y los mismos incrédulos voluntariamente lo confiesan. En cuanto al resto de las naciones de Oriente fácil es deducir de su conducta, el que siguieron una marcha semejante. No es necesario esforzarse y fijar mucho la atencion para comprender claramante, que los conocimientos á que entonces estaba reducida la humanidad, ni en el Egipto, ni en la Persia, ni en la Caldea, ni en algun otro pais de este continente, semiraron jamás separados de la idea religiosa, y de las enseñanzas teológicas. La admósfera que cobijó á estas sociedades, y á los pueblos descendientes de Habram, tanto estuvo mas despejada y radiante en todas circunstancias, cuanto el planeta luminoso de la Religion ejerció mas libremente en ellos su benéfica y consoladora influencia. Marcha con paso firme y seguro la razon entre los Hebreos,

mientras se afianza y sostiene puramente y sin extravíos en las divinas revoluciones, de que Dios les hizo depositarios: camina á su vez con el esplendor y nobleza posibles entre los gentiles, mientras sus principios y sus máximas se acercan mas á las verdades Religiosas, ó toman el matiz de sus colores celestes, diciendo muy bien Xenofonte; «que las mas sabias fueron siempre las naciones mas piadosas.

La evidencia de los hechos tiene con antelacion resuelta la dificultad, que los incrédulos hacen especialmente surgir del seno del Gentilísimo. Por todas partes se multiplican los datos; y yo, que me he impuesto el deber de no abusar de vuestra paciencia, tengo que extractar multitud de ideas ciñéndome á indicaciones, que contemplo desarrolladas con mayor perfeccion en el fondo de vuestra inteligencia. Mil quinientos años antes de Jesu-Cristo los Filósofos inauguran cátedras de diferentes clases de enseñanza, y ninguna parece prosperar, y ninguna toma bases anchurosas de engrandecimiento, sino aquellas que se ven colocadas bajo los auspicios de la Religión. ¡Verdad dolorosa para el incrédulo, y no obstante, verdad tan cierta como natural! Durante el imperio de Nembrot se fundan escuelas para enseñar el arte de predecir lo futuro, la historia natural, la fisica, la botánica, la medicina, ¿y cómo se verifica todo esto? M. Degerando era el órgano del criterio común, al mismo tiempo que con franqueza consignaba en su historia: «La Filosofia de la infancia del género humano siempre estuvo confundida con los dogmas religiosos.» Convienen en esto los escritores mas célebres, incluyendo como lo estaban entonces en las filosóficas casi todas las demas ciencias. (1)

(1) Por esta razon se definia antiguamente la filosofia: «*Divinarum atque humanarum rerum sciencia.*»

Es cierto que las religiones dominantes entre los pueblos paganos se hallaban constituidas sobre el falso elemento del fanatismo y de la impostura; es constante que la seducción ó la violencia eran comunmente el camino por donde se llegaba á imponer á la sociedad el politeismo y la idolatría, como muy alto nos lo revelan los ejemplos palpitan-tes de Zoroastro y Nabucodonosor, Dario y Cambises, Alejandro M. y los Antiocos, con todos los restantes que forman en la lista de los tiranos; pero esto no prueba mas, que lo desconsoladora que tenia precision de ser la situacion del gentilismo por falta de la verdadera fé; esto no prueba si no és, la fuerza magnética que lleva en pos suyo el *nombre* de Religion, capaz apesar de todo de arrastrar á los hombres á las mas colosales empresas; prueba en fin, que aun aquellas religiones que no tenian de verdad si no el título, ó que no encerraban de divino, á lo mas, si no ligeros destellos de la *revelacion*, emanada de algun modo de las tradiciones judáicas, servían grandemente para iniciar y proteger los adelantos de la filosofía, para autorizar y dar sancion á los descubrimientos de las ciencias, y para moralizar, digámoslo así, y elevar la enseñanza á aquella altura, á la que solo pudo subirse siempre por la escala de la religion.

Veinte y dos escuelas filosóficas vienen á contarse, honorables señores, hasta la venida al mundo de su reparador universal Jesu-Cristo. Y si bien es de notar el lamentable estado de las inteligencias que estaban fuera de la revelacion que *El* hizo, ó que figuró á mas ó menos distancia su aparicion sobre la tierra; no es menos cierto, que la propagacion de las luces se encontraba en razon directa de las semillas de verdad, que podian encerrar sus religiones. Y si

bien es un hecho, que en los tiempos de confusion y mezcla de las ciencias, estas se miraban agrandarse en el sentido enunciado; nadie puede desconocer tampoco que en el momento y ocasion en que llegaron á separarse en sus diversas ramas por los dias florecientes del imperio de Babilonia, los colegios de los sacerdotes, segun confiesa Ciceron, fueron los encargados de darlas tambien impulso y complemento. Entonces pasan mil y doscientos años, y con ellos las épocas memorables desde Zoroastro hasta Sócrates, y desde éste hasta la traslacion á Egipto y Roma de la filosofía griega.

El sacerdote Zoroastro pone fin á los absurdos sistemas del alma universal, y á las ridículas teorías del oriental misticismo. ¡Cosa particular! Cuando mas provecho se sacaba de la religion; cuando se hacia largo uso de sus buenos oficios, como lo demuestra la conducta misma que se seguía con respecto al culto de la divinidad; entonces es cuando brilla la máxima de una *suprema causa*, inteligente, eterna, é infinita; entonces, cuando los conocimientos del hombre principian por sus objetos á distinguirse en fisicos y morales, y á ser mas perceptibles las nociones del mundo espiritual y corporal. ¡Ah! oprímese el alma con angustiosa pesadumbre al solo pensamiento de haber llegado el dia en que se pretende sostener, que el divorcio entre la Religion y las ciencias estuvo desde su origen en la naturaleza de las cosas, y en el curso de los acontecimientos; pero á su vez se hinche el corazon de expansiva alegría al contemplar que por mas que se advierta ese afan en disolver la relacion misteriosa que existe entre el entendimiento y Dios, entre la razon y la fé, entre la voluntad humana y el amor divino, siempre resultan en los pueblos como piedra angular de su

ilustracion, y las cosas sagradas, y los libros religiosos, y las observancias del culto, y las palabras en fin y direccion de sus Ministros.

Dispensad, ilustres señores, que me inculque un poco mas de lo justo an tales razonamientos, pues desearia, que aunque no fuese sino por un instante, me acompañaseis hasta la puerta nada mas de esas famosas escuelas de filosofia, que vinieron sucediéndose sin intermision, hasta que la normal y suprema de todas llegó á ser instalada en las cimas del Gólgota. Once siglos antes de la Era vulgar vienen á la escena los llamados filósofos Orfeicos. ¿Y qué representan? El célebre cantor de la Tracia, el sabio Macedon cuya antigüedad supera en cien años á las ruinas de la insigne Troya, el poeta en fin y filósofo Orfeo, que tanto renombre diera á la patria en que nació ¿qué es lo que hace? Visita las escuelas sacerdotales de los Egipcios; aprende su moral, su legislacion, sus misterios religiosos; se hace maestro en las ciencias que se cultivan de tal modo en aquellos paises; va á la Grecia; esparce en su suelo los gérmenes del saber recogido; los riega y fecundiza con el mismo jugo de los misterios, de los simbolos, de la poesia: y entonces, segun el sentir de los Padres de la Iglesia, llega el momento de verse por todas partes, y el brotar de la piedad, y el crecer de la teología natural, y el aumentarse de la sagacidad del juicio, y en una palabra, toda la perfeccion de formas, que con mayor ó menor acierto se ha atribuido despues á su escuela.

Concedemos de buen grado, que en el tiempo de los filósofos Gnomicos fuese la politica la que medió para que de hecho se llegasen á sistematizar las doctrinas. ¿Y qué? La verdad es, que si las ideas políticas y legislativas de

un Licurgo, de un Solon, de un Carondas, de un Zaleuco, iniciaron tal revolucion en Lacedemonia, en Atenas, en Sicilia, ésta no pudo verificarse sin que el movimiento primero y radical fuera impreso por la Religion, de cuyo templo, confiesa Tulio, hicieron salir sus leyes, y emanar sus derechos, todos los legisladores: «*Lex est á numine Deorum tracta ratio.*» Léanse sino aun las mismas fábulas que están admitidas en los referidos pueblos, y por ellas se vendrá á saber; que Licurgo recibió las leyes de Apolo, Minoe de Júpiter, Zaleuco de Minerva etc.

¡O si se conoce que los incrédulos modernos, queriendo hacer marchar al mundo, correr al mundo por el camino de la inteligencia, ellos se ponen fuera de él, y muy lejos de él! A no ser así ¿cómo se comprende esa su filosofía de la historia en que, ó no se dan noticias del elemento verdaderamente protector de las ciencias, ó llega el escándalo hasta el punto de presentar á éste como un obstáculo para la consecucion de aquellas? Ellos no quieren saber que Tales, Principe de los Fisicos segun Tertuliano, abre sus cátedras en los diversos paises que visita, haciéndose rodear de Sacerdotes; ellos pretenden ignorar que Pitágoras, amigo de Tales, imbuido en las doctrinas del gran Moisés, hace colocar sus principios bajo la salvaguardia de la Religion; ellos en fin desconocen, que la escuela Eleatica, por carecer completamente de tal protectorado, arrojó en las miserias del *Panteismo* á su institutor Jenofanes, é hizo permanecer por igual causa á sus seguidores, como comprueban los hechos, sin acertar con el puerto de salvacion intelectual, sin hallar el supremo recurso, la tabla providencial, con que poder superar las embravecidas olas del fangoso mar que sofocára á sus maestros.

¡Lástima tanta obcecacion, y lástima, que los adelantos que pudieron recibir inadecuadamente las ciencias en aquella época, no hubiesen sido basados sobre el fundamento de la Religion verdadera sin la grosera mezcla de los errores pagánicos! Entonces Hipócrates sin duda alguna hubiera podido aparecer entre los hombres con una figura mas colosal; entonces Demócrito, armado con el santo escudo de la fé, no habría podido caer en las garras aceradas del *materialismo*; entonces los *escépticos* no hubiesen podido mirar en Metróodoro Chio un arrogante doctor; y entonces, ese *ateismo* asolador, cuya práctica lleva en pos de sí la disolucion de la familia humana, no nos hubiera podido presentar en Protágoras un defensor terrible. ¡O y cuánto desearíamos poder insistir en la esplanacion de los principios filosóficos, vigentes hasta los tiempos de Sócrates! Mas no debiendo yo en esta ocasion hacerme cargo sino de lo mas indispensable para aclarar la verdad de la influencia religiosa en los progresos del entendimiento, y esto en cuanto conduce á la defensa del Catolicismo, aurora boreal del mundo pagano, y meridiana luz de todos los mundos, solo me permitiré añadir sobre el estado de las ciencias hasta Jesu-Cristo; que en toda esta serie de años, de generaciones y de humanas vicisitudes, no fué posible tampoco el desvío de aquellas de los sagrados muros de la Religion, sin el menoscabo y anarquía mas ó menos latente de la república de las letras.

Sócrates así lo conoció: Sócrates advierte que los conocimientos todos de la humanidad no pasan de ser unos sistemas aventureros, cuando no recae en su planteamiento la sancion religiosa, cuando para nada entra en ellos la Religion, ó cuando se quieren cimentar sobre sus ruinas; y el

mismo Sócrates, persuadido del valor de tan experimentado principio, llega á tocar lo insuficiente del contrario, y funda su escuela abandonando el método de los sofistas, adoptando las máximas del reconocimiento y culto de la divinidad, y ejecutando así la restauracion de las letras en toda la Grecia. Pero este grande hombre no hubo de ser consecuente con su inspiracion primitiva, y su caída se pronuncia, y su descrédito llega á rayar tan alto, como subiera antes su honor. No hay para que llamar vuestra atencion sobre los sucesos que se siguieron, y que dando lugar á las escuelas de los Antistenes y Aristipos, salieron á la luz pública las doctrinas de los Cínicos y Cirenáicos.

Es un hecho incontestable, una proposicion máxima, que el entendimiento y voluntad del hombre, cuando no son elevados ó empujados hácia arriba, siempre se ven arrastrar por los lugares oscuros de la vileza y del desprecio. Comparad sino las instituciones y métodos de estos últimos filósofos, con los métodos é instituciones de Platon, de quien tanto y en tan diverso sentido se refiere. Todos entran á componer el árbol genealógico de la pagana filosofia; y sin embargo ¡Cuánta bajeza en unos, cuánta escelencia en otros! ¡Cuántas luces en éstos, cuánta confusion en aquellos! ¡Cuánto respeto al espíritu religioso en los de Platon, y cuánta deferencia á la carne y á la sangre en los que no siguieron tal senda! Testigos las tres señaladas *Academias* que nacieron despues, y de las cuales, la primera ó antigua, que persiste en los mismos pasos de la madre, adquiere un renombre esclarecido; siendo el mas elocuente desprestigio el que acompaña, á las que tuvieron la desgracia de abandonarlos. Bayle no dejaba ser un gran pensador, cuando al penetrar á su modo semejantes resultados,

consignaba en sus escritos: «Ningun hombre hay, que al tener precision de hacer uso de su razon natural, no se encuentre necesitado de la asistencia de Dios.»

Pero esto se concibe dentro de la Religion, ilustres señores, y las religiones son como las lineas: no hay mas que una recta: un Dios, un culto, un principio y un fin de todos los hombres, y de todos los seres. El que mas se aproxima á esta línea, mas se acerca á la rectitud, y por consiguiente á la verdad y al bien, objetos de nuestras facultades mentales. Hé aquí el infalible termómetro que gradúa la alza ó baja de los productos de nuestro entendimiento, la marcha ó retrocesion de las ciencias. Sino hubiera otras razones para evidenciar esta proposicion, serian suficientes para ello esos grandes grupos de ideas, que asaltan á los hombres de imparcialidad, colocados en presencia de los postreros filósofos que nos legó el mundo antiguo. Aristóteles lanza sus rayos desde el Liceo de la grande Atenas, ofusca con sus fulgores la brillantez de la *primera Academia*, y ¿qué hizo Aristóteles, sino observar de lejos la *rectitud de la línea*, y arrimarse á ella cuanto le permitieron las circunstancias que le rodeaban? ¿Quién no sabe.... de memoria, que Epicuro y Pirron, siguiendo por el contrario distinto rumbo, llenaron á la humanidad de torpes ídolos, á quiénes se hicieron en nefando holocausto los impíos sacrificios de la virtud y de la sabiduría? El Pecilio, Roma, y Alejandría, monumentos imperecederos que aun pueden consultarse en la historia, relevan del cargo de insistencia en la prueba, y demuestran suficientemente el éxito que tuvieron las doctrinas de los Stoicos, las escuelas Alejandrina y Romana, vigentes en el tiempo que vamos á recorrer, y en que el Verbo Divino,

apareciendo hecho hombre á las sociedades humanas, les dijo con autoridad y acento de padre. «La sabiduría soy yo.» (Baruc. 3. 38- y el Ap. á los Colos. 2. 3-9.)

Ciertamente; el mundo de los entendimientos, el reino de la luz, el progreso verdadero de las ciencias especulativas y prácticas, todo lo visible en fin y lo invisible, no puede estar fundado sino por la Eterna Sabiduría. Ved aquí al hombre Católico, concediendo al hombre de letras todo el mérito de su noble origen y alta profesion. «*In manu Dei, et nos, et sermones nostri, et omnis sapientia et operum scientia, et disciplina*» (Sab. c. 9.) Pero el incrédulo, ni en su razon comprende, ni quiere conceder á la ilustracion del hombre tan divina estirpe; y por tanto, la necesidad que hay de hacer reflejarse esta verdad en el espejo de la historia, ante el cual M. Cousin no puede menos de esclamar: «La Religion y la filosofia son los grandes hechos del entendimiento humano: la Religion precede, y como consecuencia sigue la filosofia. Asi como la reflexion tiene por base la intuicion espontánea, del mismo modo la filosofia tiene por fundamento la Religion.» Esta idea que queda ya desenvuelta en las anteriores páginas, mirada la cuestion bajo un aspecto gentilico, si puede decirse así; resucita mas interesante y clara, al llegarla á examinar desde las alturas católicas.

¡Que, señores! Si al hablar de los pueblos antiguos y observar los hechos históricos que están al alcance de todos, tenemos lugar de notar, no solo la saludable influencia religiosa en el terreno de las ciencias, si que tambien su necesidad respectiva, y las ventajas que alcanzaron sobre las demás las escuelas literarias, que mas afinidad guardaron con las máximas de la verdadera Religion; y si la

verdad de las cosas es una é invariable, y á esta la hemos conocido en todas partes mas luminosa, mas esplendente, mas fecunda y progresiva, cuanto mas apoyada estuviera en la fundamental de los principios tradicionales y revelados del pueblo de Heber. ¿Qué no deberá esperarse de sublime y bello, de divinamente magestuoso y consolador en el momento en que, bajando del cielo la Eterna Sabiduria, se la considera entre los hombres para apacentarlos en espíritu, y dirigirlos á la gloria? (Isaías en los cc. 30 y 54.)

El mundo moral al nacer el cristianismo estaba lleno de degradacion; y el intelectual, cubierto con las inundaciones del error, por ninguna parte se prestaba á la necesidad imperiosa de abrir caminos transitables, por donde con seguridad pudiese marchar la razon al término de su viaje. Todos los sistemas cientificos que se habian explotado hasta sus últimas consecuencias, no habian dejado entre sus sabios sostenedores y maestros, entre las obras literarias que legaron á la posteridad, sino una mole impenetrable de opiniones infundadas, ó de sofocadas verdades en su conjunto por los abusos de la idolatría y del politeismo. En todas las academias y escuelas no se ven mas que filósofos y pseudo-sabios que, por evitar el caos á que arrastran las vanas teorías, se precipitan en los absurdos de las contrarias, sin poder tropezar tan en tanto en ninguna con la verdad apetecida. Siempre errantes queriendo hallar lo mejor, y siempre confusos é inquietos al no conseguir sino los tristes desengaños de sus mayores. ¿Quién no fija sus ojos en aquella completa anarquía, existente aun en los métodos de investigacion científica? Sin mas guía los espíritus que modelos imperfectos, el capricho, la ilusion, el fanatismo sercian de eternos impedimentos á la hermosa libertad que ne-

cesita la razon para llegar á poseér su objeto. Por todas partes pasiones, por todas partes preocupaciones humanas, sin medios para vencerlas, y poder asi formar la verdadera independenciam que la misma razon quiere. De este modo los diversos trabajos científicos hechos, ya bajo del método de intuicion, ya del de hipotesis y experimento, se veian de continuo complicados, ó con los sueños de la mitología, ó con el exclusivismo de la politica, ó con aquella inmoralidad de toda especie, que pariera con el tiempo tantos falsos maestros para la enseñanza, tantos tiranos para los pueblos, tantos impíos y hereges para la Iglesia.

Sin embargo, ilustres señores, habia en la tierra una semilla de luz, que no necesitaba para desenvolverse sino del abono de un principio fecundante. Los entendimientos habian recibido una cierta emocion que los traia agitados, y su actividad se revolvía sobre los asuntos importantes de la naturaleza de Dios, del origen del mundo, destino de las almas, con otra infinidad de materias que, si bien no los sacaba del estado de abyeccion en que estaban sumidos, los disponia remotamente para conocer lo que en todo ello pudiera haber de realidad. Es facil distinguir la raiz de este movimiento intelectual, si se atiende á la circunstancia, de que habia llegado el instante en que debian ser confrontadas todas las doctrinas. Las guerras de Oriente y Occidente, atrayendo á un mismo punto de contacto las ilustraciones varias de la Persia y de la India, de la Caldea y del Egipto, de la Grecia y de Roma, llegaron á formar las fermentaciones consiguientes al espíritu de discusion, y aquel gusto vivo hácia las ciencias especulativas, que cual un torrente debían inundar todos los pun-

tos del Asia, todos los ámbitos del Africa, y toda la Europa. Hasta los Judíos, aficionados á las dulzuras de la filosofía, estaban apoderados de sus máximas con una avidez, y mezclados en sus cuestiones de tal modo, que los mytos del paganismo tenian una esplicacion en los misterios de su Santa Ley.

Esta constitucion de la inteligencia humana no podia producir sino la ansiedad de saber, buscando en el choque de todas las escuelas la verdadera piedra filosofal. Entonces fueron dignas de verse en el campo de acaloradas polémicas, las diversas banderías que se disputaban el triunfo. Allí la idolatría y el politeismo, el platonismo y la teurgia, sin contar las sectas de los Stóicos, Académicos y Epicureos, haciendo particular contraste con la de los Fariseos y Saduceos, de que nos habla el Evangelio. En esta época memorable de los Filósofos, primeros Alejandrinos y Romanos, no parece sino que todo clamaba por un Regenerador ú Organizador universal, que dirigiendo á la razon por el intrincado laberinto en que estaba sumergida, pusiese término feliz á aquel aluvion, que sacaba forzosamente de madre á los buenos instintos del corazon del hombre. A este Reparador le aguardaba el Judío, oprimido por el cetro de Roma; lo aguardaba el Pagano, llevado de la opinion generalmente esparcida por el Oriente y otros paises; y todavia puede decirse que todos esperaban, cuando ya, aquella revolucion universal, cuyas consecuencias trascienden al Cielo, se habia puesto en ejecucion.

El Cristianismo era nacido; el Hijo de Dios su fundador. Todo estaba hecho. Mas los hombres, acostumbrados al viento de sus fatales quimeras, tenian que recibir un saludable y eficaz desengaño; debian doblegarse á la razon, ren-

dirla homenaje; y sabido es por desgracia, cuan duros son semejantes sacrificios.

El celo, el saber, la autoridad de los Apóstoles, que predicán en Jerusalem, en Atenas, en Roma, hacen disiparse como humo todos los arrogantes sistemas de la gentilidad; y las ciencias humanas reciben ansiosas su código fundamental. ¿Quién hubiera sido capaz de poner en orden todos los principios de la razón, que andaban confundidos con el sofisma en un mar de cavilaciones? Guardo aquí silencio: hay ideas que no necesitan sino de simple enunciación. Contemplemos los hechos.

Desde los primeros días del naciente Cristianismo se nos presentan tres cosas muy dignas de reparo, y muy acomodadas para entender con claridad y precisión la clase de beneficios que resultaron á las letras con el establecimiento de la Iglesia. 1.^a La impotencia de los Filósofos para armonizar los principios de la razón. 2.^a La Religión Católica perseguida por los gentiles. 3.^a Odio de los mismos hácia todos los hombres que profesaban las ciencias. Ammonio, uno de los filósofos mas notables de Alejandria, y de las personas insignes que acometieron la árdua empresa de curar la enfermedad de los entendimientos, reinante á la sazón, no consigue otra ventaja con su pensamiento atrevido, sino el hacer patente al mundo la vanidad de su empeño, cuyo éxito feliz parece se habia reservado la Providencia para gloria del nombre católico. Asi es que mientras los sábios paganos trabajaban por este lado con la mayor inutilidad, el Catolicismo, cuya hora habia sonado, llevaba la grande obra á feliz remate, ilustrando con la luz del Evangelio la escuela de Alejandria, produciendo un S. Clemente, que consigue sin fatiga el imposible de Ammonio, un San

Pantemo y otros Cristianos, que abren allí mismo sus cátedras, que hacen crecer la sabiduría al calor de la revelación, y que la trasportan y propagan hasta los rincones mas apartados de la India.

Prescindamos de la corrección y ensanche que reciben las doctrinas de Zenon, Aristóteles y Pitágoras, por la acendrada fé de un S. Justino; no tomemos en cuenta la solidez y armonía que se introducen en las de Platon por los desvelos de un S. Teofilo; pasemos por alto las complicaciones, los errores, la confusión de que fué descartada la filosofía griega por un S. Ireneo; y en fin, dejando á un lado la significación que tienen, entre otra multitud de acontecimientos de aquella época, los antecedentes históricos del origen de esta esclarecida Universidad de Zaragoza; que se vé nacer en el siglo 2.º junto al Templo Sagrado del Pilar; que se vé producir á los Aurelios Prudencios, y á los Santos Lorenzos y Vicentes; y que hizo trasformar en colegio de letras humanas y filosofía los gimnasios literarios de Augusto: dejando á un lado, repetimos, todo esto, con lo demas que nos suministra la crítica en contra de las declaradas pretensiones de la incredulidad; yo os suplico de nuevo, fijéis vuestra atención en las que se dicen *persecuciones de la primitiva Iglesia*. ¿Qué otra cosa eran estas, que el último empuje de la pagánica barbarie, reconcentrada en una fuerza que le negaba la razón, y solo le podían conceder las armas de la tiranía? ¿Qué eran mas, que el postrer esfuerzo del agonizante error, herido de muerte por el Cristianismo?

Y realmente, ilustres señores; así como el vigor de la luz espiritual se encontró desde luego en la entidad moral del Catolicismo, así tambien no hubo para las letras

protector mas decidido, ausiliar mas poderoso en aquel tiempo, que la Iglesia Católica. De parte de los gentiles no se tenían para ellas sino el encono ó la degradación, que solo pudieron proporcionarles el vilipendio y la muerte. Caligula odia las ciencias, y atropella brutalmente á los Filósofos: los sabios son espulsados con la mayor ignominia de la ciudad imperial por los decretos de Neron: Domiciano los manda salir escandalosamente de toda la Italia; de forma que, como escribe S. Atanasio, ya no se hallaban, ni mas hombres instruidos, ni mas literatos, que entre la familia numerosa de los Solitarios y Cenobitas. ¡Qué leccion tan sublime! Y se querrá aun sostener que en los mencionados tiempos se fomentaba la *razon* del hombre á pesar de la *Fé* de Dios? Es cierto que el apóstata Juliano llena de Filósofos su Corte y su Consejo, pareciendo que quiere hacer sentar en su trono de iniquidad el dulce reinado de la sabiduría; pero profundizad lo bastante ese gran fenómeno, y no hallareis en su aparicion sino el envilecimiento de la inteligencia. Sí; fueron llamadas las ciencias por el imperial apóstata, y por otros que se le asemejaron; mas fué para deshonrarlas, uniéndolas á las operaciones ridículas de la mágia y de la mytología, y poniendo así en pública afrenta á los Máximos de Tiro y Libanios.

Con esto no pretendemos sostener, el que allí en donde ha estado de asiento el Cristianismo, siempre continuó impulsándose el espíritu de las letras, no. La paz de Constantino hace que de lleno y con toda libertad entre la Iglesia á egercer su divina mision sobre los destinos de la sociedad. Todo lo era, todo lo hacía en aquellas circunstancias la Esposa del Cordero, como la llaman los Padres; y las artes, y

las ciencias, y las casas de educacion, y las escuelas públicas, y los premios y recompensas á los hombres científicos aparecen como un prodigio, como un hecho positivo que, si bien no puede llegar á su último complemento á causa de los trastornos que próximamente se siguieran, sobrepaja á todo lo que hubiera debido esperarse de solas las fuerzas humanas. Asi claramente sucede, cuando la Religion Católica impera, cuando es la guía libre de los pueblos que tienen la dicha de poseerla. Por el contrario, cuando esto no se verifica, aun entre los mismos Cristianos se vé decaer la verdadera ilustracion hasta el grado mas lamentable. Mejor que yo sabeis esta desgraciada historia, y teneis conocidos sus ejemplos. Ahí está la caída del Imperio de Occidente. Los Cristianos, prescindiendo de las lecciones continuas de la esperiencia, se valen en aquella época para sus científicas elucubraciones de los principios falaces del paganismo; y de aquí aquellos sofistas de mal género, que empobrecian torpemente los tesoros acumulados por los Sulpicio Severos, por los Juanes Crisóstomos, y por los demas ¡lustres Doctores, que *cual luz en el candelero* resplandecian sobre el alcázar de Sion.

Con justicia se irrita el Supremo Hacedor contra el prevaricador, y con razon le condena y castiga, cuando repara en el poco reconocimiento á sus favores, y en el mal uso que se hace de sus beneficios. Existía, pues, tal abandono entre los Cristianos, que dejaban gratuitamente la guía de la revelacion que subyugó la barbarie, y ¿qué debia suceder entonces? ¿qué conducta podia seguir la Providencia? Si reflexionamos sobre particular tan grave, hallaremos la sencilla y natural explicacion de las densas tinieblas que cubrieron al entendimiento con la irrupcion

de los bárbaros del norte, y con los fuertes desórdenes que agitaron á la Iglesia y al Estado, al mismo tiempo que se sepultaban los laureles del Imperio de Constantino.

¿Qué era del Oriente en los siglos 5.º y 6.º, que principiaban á correr en la ocasion que referimos? Los placeres y el deleite sensual lo llenaban todo; y la filosofia, y las ciencias, y los sábios, y los literatos, huian de unos lugares, en donde no se guardaba consideracion sino á la inmoralidad. ¿Qué hubiera sido de este pais, decimos nosotros, si al fin Dios, lleno de misericordia, no le hubiese querido sostener por medio de su Santa Iglesia? ¿Si ésta no hubiera sacado partido de las mismas disputas que lo despedazaban, conservado sus libros y sus literatos en el silencio del retiro, inspirado á sus Emperadores como Justiniano, y protegido los talentos de un Pablo el Silencioso, de un Procopio, de un Agatias, y otros innumerables?

¿Y el Occidente? ¿Qué cuadro podria representar esta parte de mundo, en donde los Francos, Borgoñones, y demas Bárbaros, triunfantes en ella, no abrigaban mas instinto que el de la guerra, y los pueblos vencidos mas anhelo que el de la pelea; pelea que formaba su única perspectiva; pelea en que se cifraba su sola felicidad; la de sacudir batallando el yugo del invasor? Por completo debió sucumbir la civilizacion en estas terribles luchas, si la idea de vencer por la *Fé*, que estaba arraigada en el espíritu de la Iglesia, no la hubiese hecho continuar impertérrita fomentando á aquella razon, que habia de abrazar y sostener á la misma en medio del comun trastorno. Casi sola la Iglesia cultiva las ciencias humanas, y engrandece á los sábios: ella engendra á los Boecios, pare á los Gregorios M., cria á los Fulgencios, á los Gregorios

de Tours, Cosiodoros, y otros varones memorables que, sostienen las letras en Italia, las ilustran en Francia, las enseñan en España, en Inglaterra, en Alemania.

Nos haríamos interminables, ilustres señores, si en parecido tono hubiésemos de continuar nuestros lamentos y nuestros gozos. Nuestros lamentos, en presencia del mal que se multiplica en la *edad media* por infernales proyectos; y nuestros gozos, al contemplar al Catolicismo, que solo y con singular denuedo sale al frente de la desgracia comun del mundo de las letras. Yo quiero contraer lo posible mi oracion, y no puedo menos al hacerlo de vislumbrar ese espacio inmenso, en que se verifican los estremecimientos de Oriente desde la 7.^a hasta la 11.^a centuria. Los acaecimientos siguen, y Mahoma se levanta como una voz del averno, anunciando el esterminio de la familia oriental, siendo la degradacion de esta el instrumento mas propio para llevarla á cabo. Las antes célebres escuelas de Athenas y Alejandria, decaidas de su primitivo auge, quemadas sus bibliotecas famosas por sus mismos príncipes y por los generales del Califa, entregados sus grandes á la ambicion y al despotismo, y abandonado el pueblo á la esclavitud y al pillage, ¿Cómo era posible el culto de la sabiduria? El Gobierno sin apoyo, sus egércitos sin disciplina, sin subordinacion, continuas y sanguinarias las revoluciones. ¿Cómo era fácil el imperio de la razon? Desbordada la potestad suprema, invadido el terreno de la Religion C., perseguidos sus pastores, muertos sus Sacerdotes, sacrificados sus Monges, ¿Cómo se podía contar con su ayuda? Veía estinguirse sus obras científicas y sus literatos entre las cenizas candentes de la voluptuosidad y del lujo; y este vértigo que la poseía casi totalmente, la inclinaba por necesidad, y á pe-

sar de los llamamientos de la Providencia, hácia los espantosos precipicios de la barbarie.

En ellos hubiera caído sin remedio, y tanta perdición sería considerada como corona merecida de un desórden tan bajo; pero vivía aun la Religion de Jesu-Cristo, y las iras del Cielo son detenidas por la mano de la Iglesia, que existe avergonzada entre aquel confuso monton de criminales desvaríos. Nadie sino ella es la que con exortaciones y con premios alienta á los buenos, y aun á los perezosos inficionados del mal, al trabajo de las ciencias, de la filosofía, de la poesía, de la elocuencia. De ella salen en el siglo 8.º los Bartolomes de Edesa, los Germanes, y otros que contrarrestan con sus doctrinas la decadencia de los estudios: de ella emanan en el siglo 9.º aquellos debates científicos, que sacuden de los hombres la fatal torpeza que los embarga; que á príncipes como Miguel 3.º y Leon el filósofo los estimulan al amor de la sabiduría, y al aprecio del sábio. ¿Quién podrá negar, que no obstante la calamidad que entonces pesaba sobre los pueblos, los Patriarcas, los Obispos, y los Sacerdotes, eran en el siglo 10.º los únicos que en lo posible sostenian el lustre de la razon? No se puede desconocer, que ya en el siglo 11.º llevados estos de las atrevidas imposturas de Focio y Miguel Cerulario, estaban arrebatados, fascinados de orgullo, habiendo roto el lazo de la Unidad Católica: es un hecho, que privados así del jugo de la Santa Unidad, ya no se dejaban ver sino con los mismos errores que tenian envilecida á la multitud; pero esto que á primera vista aparece como un defecto del ministerio ante los ojos de la incredulidad, no lo era realmente sino de los hombres que llamaban á las puertas del obscurantismo con la aldaba de las pasiones, y que conseguían

por fin se abriesen á pesar de la resistencia de un Constantino Monomaco y Ana Comneno.

Mas repáremos lo que sucedia en Occidente en el trascurso de los mismos siglos, y hallaremos de igual modo la gran valia del Catolicismo en el negocio de la ilustracion. Francia, España, Italia, acosadas por el guerrero empuje de los Bárbaros, seguian la marcha de los demas pueblos, llegando las cosas á tal punto, que las virtudes intelectuales de algunos no servian sino para hacer mas culpables los siglos en que vivian. Las circunstancias mas anómalas, efecto de esa corrupcion de hábitos siempre dominantes en el dia de los grandes trastornos, tenian prostrada á esta sociedad, sin que la suave brisa de los tiempos de Carlo Magno sirviera para reanimar el amortiguado espíritu en que yacieran despues las generaciones futuras. Avanza la desmoralizacion al compas mismo que forman con sus pies las horribles huestes del poder Agareno; y la Córcega y Cerdeña, y la Sicilia y Calabria, á quienes el Supremo Criador preservára hasta entonces, eran empujadas tambien por el enemigo, como la ola impelida por la que sigue, huye y le cede su lugar. La Inglaterra trabajada por los Daneses, y el norte de Europa, la Suecia y Dinamarca, la Ungria y Boemia, la Polonia y Rusia, sumidas en el olvido. ¡Grandes barreras se oponian á la virtud y al saber en toda esta parte del Globo, inclusa el Africa! El horror á los ejercicios de la razon era congénito, y llegaba á un extremo tan grave, que los magnates y poderosos rebosaban orgullo al no saber leer ó firmar las escrituras, que á su nombre se otorgaban. No es necesario descórrer mas el velo, para preveer el horrible diluvio, que amenazaba anegar á la razon, y que hubiera concluido

por perder para siempre al hombre, á no haber decretado el Eterno fabricarle una arca llevado de su piedad.

Solo hacia ya falta un segundo Noe, y la Iglesia Católica es la llamada á desempeñar papel tan importante. Los estudios filosóficos, las obras maestras de la antigüedad, los monumentos todos de la historia, corrian espantados de los pueblos para refugiarse en las escuelas de las Catedrales, de los Monasterios de San Benito y de San Columbano. Este es el siglo 7.º ostentando en España á los Isidoros de Sevilla, á los Braulios de Zaragoza, á los Eugenio, Ildefonsos, y Julianes de Toledo, y otros innumerables de los demas paises, cuyos talentos os son bien conocidos. Despues de esto, ilustres señores, nada os diré de aquel pavor que se infiltró en los sabios y en los literatos; las Iglesias asaltadas, los Monasterios ocupados con las gentes de guerra, grandes embarazos por todas partes, insuperables obstáculos para la ilustracion en el círculo de las humanas familias. Mas el Catolicismo, cuya mision de *iluminar á los que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte* no podia ser destruida, sale oponiéndose al infortunio; no se arredra ante las tempestades; levanta controversias; reune sus Concilios; discute y pulveriza los errores; logrando asi sostener ese escitativo de los entendimientos, que tarde ó temprano debia verificar su completa resurreccion. No preguntemos de donde salen en el siglo 8.º los Adelfos, los Vedas, los Sincelos, los Bonifacios, y los Españoles, Beato y Pablo de Aquilea, entre otros escritores que florecieron por entonces.

Piensan los incrédulos que la Iglesia de Dios, que se dice potente para contener el mal, no servia en aquel tiem-

po sino para agrandarlo como siempre. ¡Cuánta obcecación! Mas deplorables eran, mas espantosos y atroces, los males que habian tegido el ingrato lienzo en que se pintaban los siglos 9.º y 10.º, y sin embargo, de una pincelada los supo mudar en perspectiva la mas encantadora. A pesar de las defecciones de muchos de sus hijos, y de la presion que ahogaba la vida de los entendimientos ¡que genio tan civilizador el de un Cárlo Magno! ¡que cuna tan ilustre la de esa Universidad de París! ¡que fenómeno tan sorprendente el de aquellas cátedras de Gramática y Elocuencia, de Aritmética y Astronomia, de Fisica y Dialéctica, en medio de confusion tan sin par! ¿Y quién era el que para la formacion del vistoso cuadro suministraba el cincel y el buril, el plomo y la escuadra? Preguntad á la Inglaterra, y os contestarán su Rey Alfredo y sus Monges; preguntad á España, y os responderán sus Eulogios M., sus Abades Sanson y Espera, y sus Juanes de Sevilla; interrogad, en fin, á toda la sociedad de Occidente, y os dirá á una voz, que todo lo hizo la Iglesia. ¿Quién principió á sacar á la razon del sueño de la muerte en la segunda mitad del siglo 11.º, siglo de las fermentaciones del *Feudalismo*, de la heregía de Berengario, de las guerras crueles del Musulman? Las vulgares aserciones de Quinet, y demas comentadores de Marnix, llegan al mas alto grado del ridiculo, cuando son comparadas con la magnífica obra emprendida por la Iglesia, en perpetuo choque con los satélites del *obscurantismo*. La Teología, la Jurisprudencia canónica y civil, la Metafisica, la Medicina, la Poesía, la Historia, la Moral, y las artes que llaman liberales, ponen de mala fé á los que, tomando la parte por el todo, disfaman y condenan á este siglo sin el menor cri-

terio. Que salgan sus acusadores á la barra, y que se careen y confronten con los Humbertos, con los Ivos de Chartres, los Lanfrancos, los Anselmos, los Pedro Damianos, y mil y mil sabios de todos estados y condiciones que, al través del ruidoso *Feudalismo* que la Iglesia supo reprimir, y de la ponderada corrupcion que procuraba contener, escribieron esas grandes obras que nos sirven hoy de admiracion, ya que no puedan ser nuestro modelo.

Horroricense en hora buena á la vista de la Religion los implacables enemigos de sus glorias, que tienen fundada su esperanza en la nada de una vida sin Dios: no aquellos, que esperando gozar en todos tiempos de sus beneficios, saben que no solo fué la medicina eficaz que restableció al espíritu de su fatal caida, si que tambien el poderoso agente que nada descuidó para aumentar los medios necesarios á su verdadera perfeccion. Esto practicaba la Iglesia en la época de que hablamos, y particularmente en el siglo 12, hasta que llegó á brillar la dichosa Era de la renovacion de las letras. Cubierto el Oriente de los escombros aglomerados por el cisma, por el error, y por la desgracia, la Iglesia es la encargada de despejar en lo posible la admósfera, derramando abundantes doctrinas y sobre los príncipes, y sobre los pueblos. ¿Y cuánto no alcanzó hacer en el Occidente, atendido su estado moral y político?

No son por lo tanto justos los que, pretendiendo dar á conocer á la Iglesia, suben hasta estos tiempos; y debatiendo sin fin unos contra otros sobre la conveniencia de las Cruzadas, sobre los abusos de la *Escolástica*, sobre la multiplicacion de los Conventos, sobre la relajacion del Clero, sobre su despotismo en el mundo racional y polí-

tico, sobre la Teocracia etc. etc., se llenan de furor espantable, y en aptitud amenazadora, muy digna de causas desesperadas, esclaman á son de guerra. ¡Esclavitud! ¡Tiranía! ¡Fanatismo!.... Figúrase ver en tan bélico aparato aquel pasage de la Iliada, en que Homéro nos representa á Júpiter sentado en la cumbre del Ida, y al pie de este monte á los Troyanos y Griegos, que envueltos en las tinieblas con que aquel Dios cubrió el campo, se matan unos á otros en el calor del combate sin haber sido dignos de atraer sus miradas; antes el Dios, con el mayor desenfado, y con el rostro sereno, vuelve su vista hácia las inocentes campiñas de los Etiopes, que tienen la ventura de sustentarse con leche. Nosotros, pues, sin descender á este terreno tan trillado de la parcial novela y de la sátira, y tan impropio por lo mismo de la seriedad del hombre, y grave respeto de este lugar, solo diremos con los hechos que nos revela la historia de Oriente y Occidente: que en la bandera de la Religion de Jesu-Cristo siempre permanecieron indelebles los siguientes lemas; para los Sacerdotes «*Labia Sacerdotis custodient scientiam*»; para los Reyes y Gobiernos «*Erudimini, qui judicatis terram*»; para los pueblos «*Filii sapientiæ, Ecclesia justorum*»; y para todos en comun y en particular «*Estote ergo perfecti, sicut et Pater vester cælestis perfectus est.*»

Yo veo en las gloriosas sombras del siglo 12 alzarse inflamado el Occidente con el gusto de las ciencias, siendo escitado y sostenido por los virtuosos varones de la Religion; veo de este modo revivir la luz en los hombres con la refutacion de innumerables absurdos y heregías, con las resoluciones, con las discusiones entabladas en las Ecle-

siásticas asambleas; veo surgir por do quier Universidades y Colegios, Escuelas de educacion con profesores de fama, con afluencia de escolares estudiosos; veo con asombro en la misma sociedad católica adelantarse la razon hasta el Claustro de las Monjas, aplicándose éstas á los ejercicios de la lengua Latina, de la inteligencia de las Escrituras, de los Padres, de la Retórica, de la Poesía, de la Medicina, de la Cirugía, de la Farmácia; veo por último, omitiendo otros pormenores que no caben en una simple Oracion, crecerse las ciencias todas, á escepcion de algunas Físicas de fecha posterior, que tambien fueron admirables despues entre los pueblos Cristianos. De la España Católica sale el uso de la Rima, que se comunica á los Franceses por los Juglares y Trobadores, del mismo modo que la Poesía provenzal, hija en gran parte de nuestra Cataluña: y si miramos las provincias, las naciones diversas de que se componia entonces el Cristianismo, se ven brotar en su suelo los serios estudios de las lenguas sabias, de la Teología positiva, de la Mística, de la Historia general y particular, y de todos los demas conocimientos que habian embellecido antes á la Grecia.

Tantos elementos reunidos por la Iglesia; que habia podido enervar las calamidades de este siglo; que habia llegado á sobreponerse á las aflicciones que acosaban al siguiente 13.º; que habia trasportado del Oriente, y custodiado bajo su tutela los ineditos manuscritos, y los mas preciosos monumentos; fueron sin equivocacion, ilustres señores, las cosas que contribuyeron mas para que sus consejos fueran eficacísimos en el curso de la regeneracion de las luces. ¿Quién inclinaba á los Reyes y magnates á la ereccion y aumento de Universidades literarias, co-

mo la de Salamanca, la de Tolosa, la de Mompeller, é intervenia en la construccion del Célebre Colegio de la Sorbona? Asi se comprende su advenimiento al campo de la Teología, de un Santo Tomás de Aquino, de un San Buenaventura, de un Juan Duns Escot, y de otros que les siguieron; asi se ven claros los adelantos que recibe la ciencia del Derecho por un San Raimundo de Peñafort, por un Enrique de Susa; asi se palpa el extraordinario realce que adquiere la Historia por obra de un Jacobo de Vitri, y un Mateo de París; y así últimamente en nuestra España se estimulan las carreras literarias por los famosos Rodrigos de Toledo, Lucas de Tuy, Poeta D. Gonzalo, Fr. Poncio de Carbonel, Alonso el Sabio etc.

¡Qué ingratitud! Ver por un lado en la historia el vuelo del saber levantado por la Religion, y observar por otro el teson del incrédulo, acusándola de torpeza y mala fé. No vino de esta manera el siglo del mejoramiento de las luces. Fué necesario el esfuerzo gigantesco de la Iglesia que dejamos consignado anteriormente: fué indispensable la llegada del siglo 14.º con su Catolicismo victorioso, de las dificultades que presentaban los negocios de Oriente, de la soberbia que ostentaban el error y la heregía, del cisma de Occidente, de los graves asuntos de los Templarios, y de las ruidosas y acaloradas disputas de la *Escolástica*; fué preciso que él mismo, por medio de sus Pontífices, por la autoridad de sus Concilios, por las exortaciones de sus Obispos, proveyese por todas partes á las necesidades de la enseñanza, instituyendo Doctores y Maestros, adoptando doctrinas, examinando sistemas, calificando escritos, comentando obras literarias, exortando al estudio, premiando el mérito, concediendo privilegios al saber, y para decirlo

todo junto, haciéndose de la sociedad el alma universal. Si no fuesen suficientes comprobantes los testigos de mayor escepcion que nos suministran todos los paises del Cristianismo, nosotros sacaremos á la pública espectacion, como documento mas próximo, las nobles figuras de esclarecidos Españoles, como un Fernan Sanchez de Toledo, un D. Pedro Lopez de Ayala, un Rey D. Alonso onceno, un Príncipe Don Juan, un D. Albaro Pelagio, un D. Gil de Albornoz, sin omitir algunos hechos mas generales, que son los que colóran el mapa del siglo 15.º

Si, del siglo 15. Todo, parece, se rebulle, todo se apiña al rededor de él. Ni el combate de los Titanes de Hesiodo, ni el discurso patético del Oceano personificado por Camoés en su Lusiada, ni el mismo Homero en su alegoría de la cadena de oro con que Júpiter arrastra á los hombres, son capaces de herir tan vivamente la imaginacion de los grandes ingenios. Aquella situacion política de las naciones, aquel cataclismo de Oriente, aquel acrecentamiento del poder Musulman, aquel fuego de las heregías, aquella conducta pagana de muchos Cristianos, aquellos obstinados restos de la ignorancia, tantas y tantas fuerzas aglomeradas por el ángel malo ¿no ofrecen un espectáculo mas sorprendente que el de la formidable escuadra de las mil doscientas naves y cien mil guerreros de Achiva, con que tenia que pelear heroicamente la antigua Ilion? ¿Y contra quién se aprestaba la lucha? ¿Y por qué? Aun nos creemos estar oyendo el estrépito formado por el aluvion de males que dieron al Oriente tan justo castigo, embestidas tan bruscas al Occidente, golpes tan rudos á la civilizacion; y si bien las consiguientes heridas, muertes, destrozos, nos llenan del dolor mas intenso, la satisfaccion que inunda á nuestra al-

ma no puede ser mas completa, al considerar que de esta manera el Dios de los ejércitos concedia su proteccion á la Iglesia Católica, como tiene asegurado, libertándola y sosteniéndola eternamente, y haciéndola sacar partido de la misma malignidad.

Justamente así sucede. El Catolicismo toma nuevo vigor en presencia de enemigos tambien nuevos. A la Iglesia Latina pasan todas las riquezas científicas que poseia la Griega; y no contenta con haber adquirido este medio tan poderoso para la restauracion de las ciencias, ademas de los que tenia reunidos en los siglos anteriores, él se reviste del egoismo de su amor hácia el pueblo, y quiere, que si alguna cosa falta para llenar sus glorias, á nadie sino á él pueda ser debida. Entonces vienen esos descubrimientos admirables egecutados con ardor sin igual en el siglo 15, y que tanto contribuyeron á su mejoramiento y desarrollo. ¿Cómo fué el hallázgo del nuevo mundo? Un pobre Monge del Convento de la Ravida, Fr. Juan Perez de la Marchena, es el instrumento encontrado para decidir á los Monarcas Españoles Fernando é Isabel á una empresa, que ni la ciencia, ni el interés, ni la politica, hubieran jamás conseguido, La *imprenta*, su perfeccion, su fama, su utilidad verdadera y social, principia en nuestro pais por un Cardenal Cisneros; y en Francia por un Juan de la Piedra. Fr. Bartolomé Schwart inventa la pólvora segun la opinion mas comun y verosímil, y::: pero seria abusar de vuestra atencion al querer narrar la particular historia de hechos tan conocidos. Baste escuchar la voz que se alza de los monumentos públicos, de Universidades como la nuestra esclarecida de Zaragoza, erigida formalmente por las Bulas de Sixto 4.º, y arreglada con nuevos estatutos tra-

bajados por Pedro de Arbués y otros notables varones: baste citaros las señales de esa misma voz levantada en otras, como las de Alcalá y Basilea, de Leipsik y Lovaina: baste contemplar ese gran cuerpo de hombres eminentes en letras, que salen de las escuelas cristianas, y que yo me abstengo nombrar. Las ciencias que en su fecundo seno recibían fomento; los errores en materias teológicas, jurídicas, y filosóficas, que en el mismo se disipaban; todo se acumula aquí para hacer ostentosa manifestación de que, la Iglesia de Cristo sabía sostener en su altura el esclusivo privilegio de ser *la columna y firmamento de la verdad*.

La incredulidad, pues, está puesta fuera de combate por la historia. Centinela avanzado el Catolicismo sobre la atalaya del mundo intelectual y moral en todas épocas, y por lo tanto invulnerable en tan elevada posición á los tiros de la maledicencia, no sabía el incrédulo á donde acudir para proveerse de otras armas de mayor alcance, con que pudiera llegar á sus calculados fines. ¿Y qué hace? Como el soldado astuto que pretende dominar una inconquistable fortaleza, él se vale del ardid y del soborno, ya que no pueda vencer por el valor. Al intento he-
cho una mirada de desesperación por la Era que se dice del *renacimiento de las letras*, y revolviendo archivos, recogiendo antecedentes, é inventando noticias no pocas veces, creyó asegurada la presa, y exclamó dándose una palmada á guisa de quien descubre un pensamiento importante: «*ha concluido la Religion de los Cristicolas.*»

En el estenso panorama que presentan los sucesos verificados al paso del siglo 16.º, vió el incrédulo los sacudimientos políticos del mundo, las sociales convulsiones que trastornaban el edificio fabricado por la antigüedad;

vió enarbolarse el estandarte rebelde contra la fé de la Iglesia, contra el principio de su divina autoridad; vió robados al Catolicismo reinos enteros, desmembradas muchas provincias, y substraídos de su dominacion infinidad de pueblos; vió perseguidas sus personas con miles de espadas, ridiculizados sus dogmas por miles de plumas, pervertidas sus máximas por miles de lenguas; vió ejecutadas en Alemania las pretensiones de Lutero, practicadas las de Enrique 8.º en Inglaterra, observadas por fin en Francia las de Juan Calvino; vió en toda Europa escuchada la voz de la Reforma, escitada la curiosidad de todos los ánimos, y llena de calor la imaginacion de no pocos hombres. ¿Qué vió mas? Vió que en un siglo en que se representaban tantas escenas, que en un tiempo en que eran atacados objetos tan santos, que en unas circunstancias en que se vituperaba escandalosamente tan sagrada Religion, se estendia como por encanto el gusto hácia los buenos estudios, y se profundizaban de manera nunca vista las ciencias humanas: y entonces el mismo incrédulo, cuya razon estaba preparada de antemano para el engaño, no dudó adoptar este argumento sofístico: «*Hoc post hoc; ergo propter hoc.*» Vinieron las luces sobre la sociedad cuando eran insultados los objetos de la Religion; luego en su afrenta, luego en su muerte está la vida y la ilustracion de los pueblos.

Vuestra pericia, ilustres señores, descubrirá mucha falta de lógica en un raciocinio semejante. De los antecedentes tan notorios y tan deslindados que pregona el historiador imparcial, ¿no debería desprenderse una consecuencia mas ajustada? ¿Cuánta será la virtud de esa Religion, concluiría el hombre razonable en vista de los he-

ehos, cuando á pesar de las persecuciones y tenebrosas asechanzas que no la conceden descanso, todavía es potente para colocarse frente al ángel de las ruinas, diciéndole *basta*.

Porque á la verdad no se comprende, como pueden ser citados cual elemento de reconstrucción intelectual las escenas desorganizadoras de un siglo, que solo pudieron valer para retrasar en mas de una centuria el rápido vuelo de la razón. ¡Qué! El progreso de las ciencias en el siglo 16 ¿pudo ser iniciado de una manera tan estraña? La historia, además, ¿no ha consignado el nombre de la entidad misteriosa, que tenia preparados á la ilustración todos los caminos? Concretemos nuestro discurso á los límites de este siglo, y supongamos el imposible de que no tuvo filiación natural; ¿no queda todavía lugar para reponer, que nadie sino el Catolicismo empleó mas medios para la consecución de un fin tan alto? ¿Quién fué el que cooperó para que se reservasen como premio á la sabiduría, y las Cátedras de las Universidades, y los Beneficios Eclesiásticos, y los altos puestos del Estado, y las rentas y pensiones establecidas por la munificencia de los Soberanos? ¿Quién, él que coadyubó con mas vigor, para que las grandes cuestiones políticas se ventilasen en otro terreno que el de las armas, sin embargo de las falsas opiniones de algunos sobre las malamente llamadas *guerras de Religión*? ¿Quién antecedió á los hijos de la Iglesia á introducir en la literatura el buen gusto, la belleza en las formas, la armonía en la composición, la decencia en la elección de las palabras, la dignidad y precisión en el estilo, y últimamente la perfección en el decir, como de todo dan fé los Cardenales Bembo y Sodoletto en Italia, los Luises de Granada y de Leon, Rodriguez y Zuritas en España,

con los demás que florecieron, tanto en estas naciones, como en la estension toda del Orbe Cristiano? En él la imprenta toma proporciones colosales; en él y solo en él, existen aquellos depósitos en grande de obras magistrales, las Bibliotecas magníficas del Vaticano, del Escorial, de París; en él las Universidades de Pont á Mousson, de Domay, de Fermo, de Valencia; los Colegios, Real de París, Romano, Germánico; los Seminarios que se mandan establecer en todas las Diócesis por el Concilio de Trento. En fin baste añadir, que éste era el siglo de un León 10.

¡O y cuánto deseáramos, que este solemne acto ofreciese una oportunidad, para poder dibujar con todas sus tintas el lugar eminente que, en la historia literaria del mundo siempre ha ocupado el principio religioso! Mas debiéndonos contentar con ser lacónicos, presentando simples extractos de nuestros privados apuntes, repondremos no mas que una palabra en confirmacion de lo que vale, de lo que valdrá hasta la consumacion de los siglos esa grandiosa y divina institucion, que el Dios de las misericordias puso en medio de las generaciones humanas para bien espiritual y temporal de los pueblos.

Mejor que yo sabeis vosotros las profundas investigaciones que se han hecho sobre el movimiento de las ideas en los últimos tiempos. Señalada está en el siglo 17.º la ampliacion que llegaron á adquirir algunas ciencias, como la Geografia histórica. Entre las inconvenientes protestas de la impiedad, el mundo de Colon, Hernan Cortés, y Pizarro, se deja traslucir copiosamente cargado de los ricos frutos de civilidad, que solo podian ser recogidos del árbol fértil de la Cruz, que en él se plantára. ¡Qué lograron conseguir la política y las armas en aquel terreno vir-

gen sino la sumision y esclavitud de los Indios, el arreglo y administracion de su vasto continente! Las artes conocidas y las ciencias en un grado perfecto ¿no se introdujeron suavemente por el cuidado y solicitud de las Misiones Católicas? Ellas fueron las que colocaron la primera piedra fundamental de sus principales Universidades, Lima, Guatemala, Santa Fé, Méjico, y Chile, sin contar las muchas escuelas que desde luego estuvieron abiertas para la educacion del pueblo. ¿Qué divulga la fama, y refieren los anales verídicos é irrecusables sobre las conquistas que se sucedieron en la Martinica, Guadalupe, y otras Islas de aquellos mares, primeros provechos de las comunes empresas de Europa? Responda la Francia con sus dominios del Canadá en la América septentrional, y esto podrá servir de precedente luminoso para analizar á la vez los parecidos hechos que tuvieron lugar en Portugal, cuando llegó á estender su poder por los climas ardientes del Africa, en las orillas del Indo, y hasta en los confines del Asia.

Estamos tan acostumbrados á lo heróico y suntuoso en materias de Religion, que apenas son reparados por nosotros los mayores prodigios. ¡Qué compromisos tan arriesgados llevados á término en el Japon, en la misma China, por los dias del Emperador Kamhi (1). En la Europa se despliega el esquisito gusto de los viages, de la exploracion de tierras lejanas, del conocimiento de las lenguas, usos y

(1) Hoy el Celeste Imperio con sus 4.700,000 leguas cuadradas de territorio, y 170 millones de habitantes, vuelve á dejar paso franco á la cultura é ilustracion del Cristianismo, sin que lo hayan podido estorvar sus muy inaccesibles murallas, y sus 900,000 guerreros.

costumbres de sus moradores; ¿y cuál fué el medio de adquisición de todos estos tesoros de la ciencia moderna?::: El descubrimiento de nuevas zonas, practicado en ambos misferios por ese espíritu religioso, que solo es capaz de arrojar á los hombres á lo desconocido, cuando media la salud de sus semejantes. Digase sino, qué causas, además de las generales, pudieron intervenir para que la Italia, centro del Catolicismo, fuese á la cabeza de la civilización de los pueblos en el mencionado siglo, continuando inmediatamente despues nuestra España. La luz que despiden los Pontificados de Clemente 8.º, Gregorio 15, Urbano 8.º, y los Clementes 10 y 11, se difunde por todos los rincones de la tierra, y por todos corren tambien y con prez los augustos nombres de Paulo 5.º y Alejandro 7.º Ahí están esos poemas de Ariosto y del Tasso, de Sannazaro y de Guarino; ahí, las artes de gusto y adorno, pintura, escultura, música; y ahí, en fin, la voz comun y unísona de los hombres que alcanzaron semejantes sucesos. Pasad, por ejemplo, el Pirineo, y todo el mundo os señalará con el dedo el asiento de la ilustracion en el gobierno católico de Luis el Grande. Pero no: penetrad por entre los azares que circundaron á la razon en el siglo 18, y ellos os hablarán mas alto.

Escribiendo Voltaire á su amigo rey Estanislao en una ocasion solemne, le decía tales palabras: «Cuanto mas progreso han hecho las ciencias fisicas, tanto mas hemos hallado en todas partes la mano del Todopoderoso.» Esta verdad es tan patente, que al mismo Bacon le hacia confesar que, «las ideas superficiales en ciencias filosóficas podian conducir á veces al ateismo; pero que su conocimiento perfecto llevaba derechamente á la Religion.» Y el célebre His

concluyó: «que ésta debia ser imperecedera, puesto que el mundo tuvo de ella siempre necesidad.» Hé aquí entre innumerables razones la mas sencilla y franca que puede darse el incrédulo, estasiado con esa *emancipacion intelectual*, con que le place sostener el progreso de las ciencias en el siglo 18; y hé aquí tambien la mejor apologia que puede hacerse de él. ¿Qué *emancipacion* es esa, que cambia el estandarte orlado con palmas recogidas en miles de años, por los miserables harapos de una Diosa inmunda? ¿Que con una mano se dispone á arruinar los principios, y con la otra á erigir estátuas á los sistemas? ¿Que resucita con el choque de una insurrección intelectual, para despues hundirse asombrada é imbécil en los antros del ateismo? ¿Son emancipaciones saludables las que, en lugar de fomentar, adulteran y corrompen el bien del entendimiento y del corazon? ¿Cuáles son los efectos de esa emancipacion que tanto se encomia por el incrédulo? No embargante el tono magistral con que se han anunciado al mundo las ventajas que resultarían del cisma introducido entre la Religion y la Razon, en él no se ha descubierto todavía sino un río desbordado, que los humanos esfuerzos no son suficientes á contener, á hacer entrar en su natural cauce. Ignoramos hasta el presente, qué ciencias haya enriquecido, ó sacado por cuenta suya de las mantillas de la infáncia. Contaminadas ó absolutamente perdidas las morales y religiosas, obscurecidas ó desquiciadas las naturales y fisicas, ni los mismos incrédulos aciertan hoy á explicarse sobre la mayor parte de sus encontradas teorías.

No nos enseña con esto la historia, que en el siglo que nos antecedió, así como en todos los demas por que pasó el mundo de las letras, no se pudieron cultivar y perfeccio-

nar algunos conocimientos pertenecientes á las ciencias que se dicen *esactas* fuera del vivero de nuestra Religion, no: lo que da á entender es, que tan felices resultados ni entonces ni nunca se han obtenido con los sistemas desatentados del error: lo que nos evidencia y declara es, como nos lo declaran y evidencian todas las personas despreocupadas; que los partidarios de la irreligion bajo tal concepto, ni en este, ni en tiempo alguno aventajaron á los hijos del Catolicismo en ninguna de las grandes partes en que se divide el sólido y provechoso, el sóbrio y oportuno saber. En la imposibilidad en que nos hallamos de entrar en razonados cotejos de los hombres científicos, y obras literarias, que han llenado al mundo durante dicha *Era de emancipacion*, trabajo que por otra parte consideramos superfluo, debiendo ser presentado ante este católico y distinguido Claustro; nosotros, llevados de ese espíritu que dejamos anunciado en el exordio de nuestro discurso, diremos solamente ¿Quién es esa *Razon sin Dios*, y que como *al Dios ae toda sabiduría* los hombres descreidos quieren rindan adoracion los pueblos?... Es la inteligencia humana abandonada á sus fuerzas, puesta en eterno divorcio con todo sentimiento de Religion; es la huérfana desvalida, sin hogar y sin tutor, sin un pie de estension en la tierra sobre que poderse caer muerta de desconsuelo; es el retrato de aquel *Angel caido*, cuyos tesoros de polvo se encuentran hacinados en la mansion de las tinieblas; es, en fin, la epopeya de la esclavitud, la tiranía de las pasiones, el despotismo de ese habitante del caos, cuya frente herida por el rayo del Eterno, concibe la blasfemia contra el Criador, lleva en su mano la tea de la discordia, hace temblar la tierra bajo sus plantas, y trastorna y abrasa el Universo.

¡Ahí teneis, hombres ilustrados del siglo 19, los regalos de la incredulidad ofrecidos á las generaciones presentes!

Y aquí pudiéramos llamar la atencion sobre las sectas disidentes del Catolicismo. Estas deben conocer muy bien, que se há izado contra todos por el comun enemigo bandera de rebelion; deben distinguir á esos falsos sabios, que con torbo ceño y mirada encendida dejan caer sobre el papel, como decia un distinguido compatriota, sus pensamientos terribles; á esos pseudo-filósofos, que medrosos de su propia sombra, por todas partes se creen oprimidos, insultan la civilizacion, y ponderan las ventajas de la vida salvaje; que llevados en hombros del Angel de la calamidad, corren á impulsos de sus ciegos deseos, suben hasta lo último de esa bóveda admosférica que nos cubre, escalan el Cielo, se colocan frente al trono de la Sabiduría, y con el atrevimiento del mismo Luzbel, «*Tú eres, le dicen, la ignorancia misma*»... Ellas dehen comprender que, si bien todo este paño de lágrimas se fabricára con los hilos que urdieran sus manos, el estado de desarrollo, de proporciones deformes que adquirió ya su gigante engendro, amenaza aplastar á todos bajo su maza de hierro. No importa que la irreligion sea el resultado del *libre exámen*, del *espiritu privado*, proclamados en menguada hora por su escuela. Tal acontecimiento, reconocido como una cosa vulgar portodos, puede solo ser bueno para probar; á los Protestantes, los efectos funestos de su error primitivo; y á los Católicos, la necesidad de precaverse escrupulosamente de él; mas unos y otros no deben estar exclusivamente ocupados en combatirse, cuando se hallan en presencia de un adversario, que los tiene confundidos en una misma medida de proscripcion y de esterminio.

No se diga que Rouseau, Voltaire, y Montesquieu, previendo al parecer esta última consecuencia del Protestantismo, trataron hacer respetar con sus escritos las máximas de Catón y Tulio, que estaban compendiadas en el sabio principio de Platon: «*Omnis humanæ societatis fundamentum convellit, qui religionem convellit*», no; pues es lo cierto, que la incredulidad vino por la fuerza irresistible de la lógica, y que sus estragos solo la Providencia ha podido contener por medio de su Santa Iglesia. Esto se vió ostensiblemente en el siglo 18, en que el Cristianismo pudo todavía llenar la sociedad del sentimiento de verdadera civilizacion, de raudales de principios naturales y sicológicos, y del cúmulo de esas máximas y reglas de ilustracion, que forman el orgullo de la Europa moderna.

El siglo 18, pues, debe con razon ser admirado bajo varios conceptos por el hombre de letras. ¿No tuvo acaso mucho de creador en ciencias naturales, y mucho de comun con los demas siglos, que las habian hecho progresar bajo la égida salvadora del nombre Católico, de ese nombre, que tenia libertadas á sus generaciones de la disolucion moral é intelectual que las amenazaba? ¿No comprendió mucho tambien de rico y fecundo, contando entre sus numerosos héroes á Romanos Pontífices, como los Clementes, Benedictos, y Pios que vivieron en él? ¿No entrañó, en fin, mucho de grande, haciendo abrir en ambas Américas anchurosos canales por donde, con extraordinaria profusion y abundancia pudiese gloriosamente correr la sabiduria?

Ilmo. Sr.: aquí debo poner término á vuestra molestia concluyendo mi discurso, y llamando últimamente vuestra atencion sobre los laureles recogidos por nuestra

querida Patria, mal que suene el eco de la verdad á sus asiduos detractores, y por mas que contra ella, y en levantado estilo, pronunciáran su anatéma los impuros labios del incrédulo y envidioso. En la furia mayor de los escándalos diseminados por el error en el seno de los diversos pueblos, la España científico-religiosa siempre recibirá del mundo ilustrado los honores y aplausos, de haber sabido conservar con su *Fé* el lustre de la enseñanza pública, y de haber dado á sus establecimientos literarios ese impulso eficaz, que la hubiera puesto á la cabeza de la civilizacion, y que asi la hubiese sostenido sin fin, á no mediar la desgracia de su estrella, y el rigor de sus civiles contiendas. Lean no mas la historia de esta Universidad literaria, cuna de tantos varones eminentes en ciencia y en virtud, que vió por tal tiempo introducirse en sus cátedras, en sus estudios, en sus profesores, las mas importantes reformas. Lean las memorias que se encuentran redactadas sobre los insignes monumentos, sobre los positivos adelantos que llegaron á adquirir las artes y la industria nacional en muchos de los puntos que están en contacto con la utilidad pública. Lean, en una palabra, mil y mil documentos, ya manuscritos é inéditos, ya impresos y constantes en los archivos y librerías de los hombres curiosos, y que pudiendo servir de una página mas de gloria en los fastos de nuestra nacion, dan perfectamente á conocer, á sus célebres *literatos*, Ferraras, Fragias, Cienfuegos, y Feijoo; á sus señalados *humanistas*, Iriartes, Zamoras, y Villanuevas; á sus elocuentes *retóricos*, Climent, Capmanys, y Bocanegras; á sus *poetas* ilustres, Candamos, Bacas, y Cadalsos; á sus *historiadores*, *cronólogos* y *geógrafos*, Riscos, Florez, y Goyanes; á sus *médicos*, Martinez,

y Rodriguez; á sus *químicos* Maquer, y demas profesores de su edad; á sus *filósofos* y *políticos*, Valcarces y Ceballos; á sus *físicos* y *matemáticos*, Toscas, Ulloas, y Jorge Juanes; á sus *anticuarios*, como Gusen, y otros; á sus *canonistas* y *jurisconsultos*, como los Villanuños y demas hombres de mérito, que sobresalieron en todas las facultades y carreras, y que aun pueden ser el adorno de los anales contemporáneos.

Tal es, Ilmo. Señor, la verdad que en cumplimiento de mi cometido crei oportuno esclarecer, haciendo un bosquejo imperfecto de la relacion de méritos que, con respecto al *progreso de las luces*, solo puede ostentar la verdadera y Santa Religion que profesamos, y contra quien la moderna incredulidad tiene presentado *libelo acusatorio* ante el tribunal de la pública conciencia. Señores que componeis el Ilre. Claustro de la Universidad de Zaragoza, como jueces competentes que sois en la materia, juzgad.

Y vosotros, jóvenes alumnos, que llevados del noble entusiasmo que infunden en una alma elevada las caricias de la sabiduria, frecuentais nuestras aulas con el fin de gozaros en vuestras tareas, alcanzar la sana ilustracion, y conseguir por tal medio los altos premios que á ella tiene reservados la Religion y la Patria, escuchad un consejo, que en los dias que corremos os puede servir de mucho. Reflexionad, que en el camino de vuestras aspiraciones plausibles y honrosas, de vuestras halagüeñas perspectivas y dulces esperanzas, todavía el genio del mal puede tener preparados terribles escollos, mañosas emboscadas. Nosotros somos testigos, pudiéramos decir con un historiador francés nada sospechoso; nosotros somos testigos de los rápidos triunfos en la maldad que por muchas partes ha hecho el liber-

tinage del entendimiento, elevado á los grados mas altos de gerarquía por los hombres que pretenden extinguir, si posible fuera, la Fé sacrosanta de cuya propiedad puede aun el mundo envanecerse. No parece sino es que el Eterno, en justo castigo de las iniquidades de la razon, se congratula en confundir la mente del hombre, permitiéndosele caer en todas las locuras y extravíos del error.

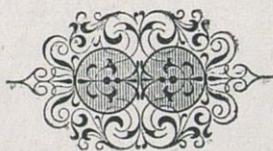
Sed, pues, *sóbrios y vigilantes*. Esa Religion, esa Patria, que guardan con tanto celo vuestras coronas, pensad que son las enviadas de aquel Dios, que repartiendo sus dones con justicia, exige de la criatura racional el cumplimiento de deberes imprescindibles. No necesito indicaros cuáles son los vuestros. Anhelais ocupar una silla en el gran templo de la Sabiduria; pues bien, dejaos conducir por las lecciones de la recta razon y de la historia de esa misma Sabiduria, que os enseñarán respectivamente vuestros ilustrados y Católicos Maestros, y de la cual yo hé tenido el placer de presentaros ligeros apuntes. Sabed, que «Uno es el Criador, uno el Escelso, uno el muy poderoso y temible Dios, que todo lo domina, sentado sobre su trono. Él crea la sabiduria, la vé, la enumera, la mide en el Espiritu Santo. Él la distribuye sobre las obras todas que salieron de sus manos, sobre toda carne segun su beneplácito, y sobre todos, en fin, los que le aman.» (Ecclesiasti. c. 1.)

El propósito de adquirir la ilustracion es loable, es dignísimo, jóvenes estudiosos; pero tened muy presente, que «Fueron siempre vanos y nada mas los hombres aquellos, en quienes no se vió residir la ciencia de Dios: vanos, los que á la presencia del bien no supieron remontarse al conocimiento de aquel *Que Es*, y á la inspeccion de las obras

de la naturaleza no reconocieron su Artifice.» (Sabiduría c. 13.)

No olvideis nunca, y sirvaos como de pautas, durante el tiempo de vuestra carrera literaria, y despues que seais llamados á ocupar un puesto en los altos consejos de la Iglesia y del Estado, que «Toda doctrina que no descansa en las sinceras máximas de N. S. Jesu-Cristo, en los principios de la santa piedad, no es otra cosa sino soberbia, ignorancia, cuerpo sin espíritu, que flotando entre las olas del mar insondable de las dudas, y de las disputas de palabras, solo puede dar origen á la envidia vergonzosa, á las luchas fratricidas, á las opiniones inciertas que llevan á lo malo, y á los combates, en fin, de los hombres corrompidos y falaces.» (1.^a á Tim. c. 6.)

Esto aconteció siempre: esto sucederá indefectiblemente despues. De la incredulidad vendrá la noche, de la Religion el dia claro de la inteligencia. Del impio la ignorancia, solo «*de Dios viene la Sabiduría.*» —HE DICHO.



ERRATAS. Pág. 13; donde dice en la nota que va al final, *sciencia*, lease *scientia*.

